

De la Guerra Junto al Mar

Santiago Rodríguez Camargo

# De la Guerra Junto al Ma

SRC



# Capítulo 1

## De la guerra junto al mar

Aún a lo lejos se escuchaban las bombas, haciendo crujir edificios y cuerpos. Un tenue clamor de gritos de lucha llenaba el aire, lo suficientemente lejanos como para poderse confundir con los propios sueños. El hombre siguió corriendo, aunque cada vez más lento, corriendo hacia la playa y hacia el mar. Dejó atrás las últimas casas, o aquellos esqueletos vacíos y quebrados que no hace mucho habían sido casas. Los pocos árboles también se terminaron, y sus botas por fin empezaron a hundirse levemente en la dorada arena que resplandecía reflejando los abrazadores rayos del sol. Empezó a trotar y luego a caminar, cada vez más lentamente, jadeante y sediento. Toda aquella ropa pesada e incómoda para él no era más que un estorbo, una ardiente armadura que sólo lo hacía sudar. Y ahora, en aquella playa y bajo aquel sol, la detestó aún más y deseó despojarse de ella por completo, así quedara desnudo y deshonorado. Podía sentir el agua que bajaba en gruesas gotas por su piel, desde su frente, sobre sus cejas y por sus mejillas, a lo largo de todo su pecho, por entre sus piernas. Se sentía asqueroso, sucio y pegajoso, como si su propia piel se adhiriese a la tosca tela. Y bajo todos esos pensamientos, playa ya no parecía playa sino desierto, ardiente y inmenso desierto; y el mar no más que un espejismo.

Finalmente, no pudo caminar más. Se detuvo por un segundo, quizá dos, y se dejó caer de rodillas sobre la arena. Sintió la superficie ardiente a través del pantalón, apoyó sus desnudas manos en el suelo y de inmediato el dolor del fuego le obligó apartarlas. Tenía la cara sucia, de tierra y sangre; la sentía seca y rígida sobre la piel, pero ya no podía ni recordar si era su propia sangre.

Cerró los ojos, como para impedirse recordar, luchando tristemente por poner su mente en blanco, por olvidar. Pero los recuerdos son traicioneros, y es cuando queremos contenerlos, que crecen más rápidamente y devoran nuestra propia mente, convirtiéndose en el sustrato de todos nuestros pensamientos. Vio las explosiones, como erupciones de la tierra misma que se levantan como anchas columnas de polvo y piedras; escuchó a lo lejos las bombas al mismo tiempo que las escuchaba allí a los lados de su cabeza. Vio confusión. Rostros rojos de ira y rostros blancos de muerte; brazos y piernas con y sin dueño; rifles, pistolas, granadas y tanques; sangre, tierra y sudor, todo mezclado en un lodo oscuro cubriendo innumerables cuerpos; cuerpos tendidos en el suelo, cuerpos contra las paredes, cuerpos sobre cuerpos. Y entre el sin número de rostros que logró ver, todos frenéticos e impresionantemente expresivos con muecas de miedo, ira y odio, pudo fugazmente identificar

algunos que le eran conocidos.

En ese momento, al ver los semblantes de sus antiguos compañeros en su mente, su alma se inundó de pesar y sus ojos de lágrimas. ¿Quién era él para soportar tanto dolor? Gateó sobre la arena mientras sus lágrimas le bañaban la cara. Su alma se quebró al recordar a aquellos que cayeron gritando de dolor bajo una lluvia invisible de balas. Esos hombres a los que conoció no más de dos meses atrás, que el día anterior no le importaban nada y sólo los veía como recordatorios de que estaba muy lejos de su hogar, aquellos de quien sólo conocía sus nombres, ahora despertaban en él un acto tan humano como es llorar de pesar. Los lloró como si fueran sus hermanos, su padre o sus hijos, no como camaradas o compatriotas, sino como seres humanos.

Se sentía perdido y sólo, casi como en el vacío, casi como inexistente. Las líneas de la realidad se iban borrando en su mente mientras se acercaba gateando lentamente al mar. Tan trastornado estaba que ya no sentía el dolor de su cuerpo, porque lo que le dolía era el espíritu. Por primera vez dudó de su verdad y la de sus superiores. Porque en el mar de rostros dolorosos que invadió su mente también vio los de aquellos que entonces llamaba enemigo. Y el enemigo nunca antes tuvo rostro, siempre en su mente fue sólo un ser oscuro e indefinido nacido del odio y el miedo. Pero ahora podía ver que sus ojos eran iguales a los de sus compañeros, de fondo oscuro y opacos de dolor. Lloró por el enemigo.

Con un grito que no supo si salió de su garganta o de su alma maldijo esa estúpida guerra, maldijo a los generales de madera por alimentarla y se maldijo a si mismo por participar en ella.

Sus manos tocaron el agua, fría y ondulante. Sintió alivio, como una dulce caricia sobre el cuerpo magullado. Por un instante se refrescó su pesar. Entonces se acostó mirando el cielo sobre la arena mojada y trató de nuevo de olvidar. Cerró los ojos. La marea creció y el agua salada empezó a rodearle. Pudo sentir cómo el uniforme camuflado se empapaba y la gruesa tela dejaba pasar el líquido hasta su piel. El frío finalmente alivió su dolor, y el ruido del mar acalló los estallidos a la distancia. Lentamente empezó a mecerse sobre las aguas, y a su mente le llegó el lejano recuerdo de su madre cargándole en sus brazos, arrullándole con suaves movimientos, de un lado al otro mientras murmuraba una dulce canción. La guerra desapareció de su mundo y sólo quedó calma y paz. Relajó su rostro y apaciguó su mente. Y así, en brazos de su madre y arrullado por el mar, el soldadito de plomo se fue adentrando cada vez más en el océano.

Santiago Rodríguez Camargo